

FE Y SERVICIO

Hna. María Dolores Sempere, emi

Introducción

En el contexto del Año de la Fe convocado por el Papa emérito Benedicto XVI, teniendo como telón de fondo la experiencia de la fe viva, operante y eficaz de nuestra Madre Juana María, comienzo esta intervención, en este contexto fraterno, con cierto temor y respeto, tomando conciencia de mis carencias y límites, pero con el gozo y el cariño de dirigirme a vosotras que hoy sois, somos, al menos debemos ser, un impulso y un estímulo para las hermanas confiadas a nuestro cuidado.

Sé que lo que intentaré expresar, transmitir, a lo largo de esta mañana es un ideal del que podemos estar más o menos cerca, pero al que todas estamos llamadas a aspirar, porque Jesús nos dijo que ‘seamos perfectas como el Padre celestial es perfecto’ (Mt 5, 48).

Sé también que no voy a decir nada que todas no sepamos ya; simplemente pretendo reflexionar en voz alta y recordar, refrescar, actualizar lo que tantas veces habremos oído, leído y orado acerca de nuestra misión, de nuestro servicio.

La clave de lectura, o de escucha, de estas notas es siempre la clave evangélica, poniendo el acento en la vivencia concreta de esta misión por nuestra Madre Juana María y el sostenido en María Inmaculada. No siempre aparecen explícitamente pero son el telón de fondo que me ha acompañado al preparar estas palabras.

Palabras que quizás os parezcan utópicas, quizás penséis que pongo el listón muy alto; puede ser que mi inexperiencia en esta misión me lleve en algunos momentos a soñar con otra realidad distinta a la que vivimos en el día a día, pero tengo claro que la meta debe estar alta pues el horizonte al que aspiramos, Dios, está en lo alto.

Voy a dividir mi intervención en tres partes:

- 1.- *Qué es la fe*. Desglosaré dos puntos: creer y confiar en Dios y creer y confiar en los hermanos, en nuestro caso en nuestras Hermanas de comunidad.
- 2.- *El servicio*. Me adentraré en el servicio de la autoridad desde dos perspectivas: el servicio del poder y el poder del servicio.
- 3.- *Fe y servicio*. Hablaré brevemente de la Autoridad espiritual, en el intento de unificar la fe y el servicio, o de vivir el servicio desde la óptica de la fe.

1. QUE ES LA FE

La fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve. (Hb 11, 1)

La carta apostólica *Porta Fidei* con la que el Papa emérito Benedicto XVI convoca el Año de la Fe, comienza diciendo que *'se cruza la puerta de la fe cuando la Palabra de Dios se anuncia y el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma'*.

Visto desde esa perspectiva, entramos a vivir la experiencia de la fe, la experiencia de Dios, en el momento en que somos capaces de salir de nosotras mismas para abrirnos a otra realidad mayor que nos desborda, cuando nos dejamos transformar por la gracia de la Palabra, la gracia de Dios, y la anunciamos, cuando es el Espíritu el que habita en nuestro corazón y actúa a través de nosotras.

Nos podríamos preguntar esta mañana cada una de nosotras qué es la fe, cuál es nuestra experiencia de fe, cómo definimos la fe que mueve nuestro corazón, el impulso que ha movido y motivado toda nuestra vida, la fuerza que nos hizo dejar todo para abrazar el proyecto que Dios tenía pensado y preparado para cada una de nosotras.

Cuando me pidieron que preparara esta intervención, como marco de este encuentro, me vino a la mente, como tantas veces a lo largo de mi vida en los momentos en que me he parado a reflexionar sobre la fe, una canción que marcó mis primeros años de vida activa como cristiana; la oí muchas veces junto a los cantos en latín y castellano del coro de mi pueblo, y sin darme cuenta a menudo la he tarareado rumiando el sentido de sus palabras. Se trata de la canción *Cal que neixin flors a cada instant* del cantautor Lluís Llach.

Comienza la canción con la frase: *Fe no es esperar, fe no es soñar. La fe es una dura lucha por el presente y el futuro, por el hoy y el mañana. Fe es dar un golpe de azada; fe es tender la mano... (Fe no és esperar, fe no és somniar. Fe és penosa lluita per l'avui i pel demà. Fe és un cop de falç, fe és donar la mà.)*

La fe es la lucha constante por avanzar y crecer en el camino del amor por medio del trabajo cotidiano. La fe es movimiento, es camino, acción, la fe es salir de nosotras mismas y acercarnos al otro; la fe es trabajo duro, es ayuda...

La fe es el impulso que nos mueve a salir al encuentro del Resucitado para llenarnos de El, para recibir su Espíritu y dejarnos inundar de sus dones y así poder anunciar el Reino de Dios, poder hacer realidad esta presencia que nos llena de gozo, que va transformando nuestra vida: la presencia de Dios en nuestro corazón.

La fe en Jesús nos impulsa hacia el futuro, hacia el mañana, nos desinstala rompiendo nuestros esquemas: la fe no es vivir de un recuerdo del pasado. La fe hay que actualizarla, renovarla cada día, alimentarla, fortalecerla.

Tenemos que ir avanzando sin perder el paso, nos dice también la canción: a los cambios que experimentamos nosotras como personas, por los años, las actividades, la salud... les son inherentes los cambios de nuestra fe.

No podemos, a estas alturas de nuestra vida, tener una fe igual que la que teníamos al comenzar nuestro itinerario vocacional; al igual que nosotras hemos cambiado, hemos madurado, y nuestra experiencia de Dios se ha fortalecido, nuestra fe se ha tenido que ir consolidando, afianzando, arraigando.

A medida que nuestras fuerzas físicas se van debilitando, nuestro espíritu, enriquecido por la experiencia cotidiana de Dios en la oración y la Eucaristía, se va fortaleciendo, y por tanto nuestra fe va afianzando.

La fe en Jesús nos urge a trabajar por el Reino: no podemos esperar que el trigo crezca sin haber sembrado, ni que el árbol de frutos buenos sin sufrir el dolor de la poda. No podemos esperar que el Reino se haga presente si no ponemos las semillas, ni esperar que nuestra comunidad sea evangélica si cada una no aporta su granito de arena; no podemos esperar que nuestro apostolado sea fructífero si no invertimos tiempo y esfuerzo, ni podemos esperar que la Congregación crezca si no trabajamos todas y cada una vocacionalmente...

Vivir la experiencia de la fe supone un esfuerzo, un trabajo cotidiano constante y continuo, (recordemos que la constancia fue una de las virtudes que más han valorado de nuestra Madre Juana María); vivir la experiencia de la fe nos exige estar continuamente sobre nosotras mismas para no desfallecer ante las dificultades inherentes a todo camino.

Sostener la fe (mantenernos firmes en la fe) supone cuidar nuestro encuentro con Jesús, alimentarlo en el día a día de nuestra vida, con la oración, la lectura de la Palabra, la Eucaristía, la Reconciliación... también con los actos de amor, entrega, generosidad, cercanía, acogida, gratuidad, gratitud... hacia nuestras hermanas y hacia las personas que cada día encontramos en nuestro caminar.

Vivir la experiencia de la fe es vivir agradecidamente por la gratuidad de Dios hacia nosotras pues se nos entrega cada día en la Eucaristía y nos da una oportunidad para caminar en su presencia. Vivir la experiencia de la Fe es vivir la experiencia del Amor que nos ha amado primero.

Supongo que en muchas de vosotras resonaran dos palabras claves para referirnos a la fe: creer y confiar. La confianza hace brotar la fe. Y de la fe nace la confianza.

Para que surja, nazca, brote, germine, la confianza (que da paso al creer y por tanto a la fe) es necesario el encuentro. Y para que el encuentro entre dos personas dé lugar a la fe, a la confianza, al creer, es necesaria la comunicación, el diálogo.

El encuentro confiado que se da con la comunicación interpersonal, desde un diálogo sincero y profundo, nos lleva a compartir y construir la fraternidad, razón de nuestra vida como cristianos: formar una comunidad universal de amor.

Nos indican nuestras Constituciones: *Sin comunicación personal no existe ni comunidad ni comunión* (n. 36); en el n. 47 leemos: *‘nuestra vida consagrada, tiene su autenticidad si se desenvuelve en un clima de amistad con Dios, si es un diálogo con*

Cristo...' y en el n. 48: *'crecer en el amor de Cristo crea en nosotras una actitud constante de comunicación amorosa con El...'*

Cabría preguntarnos, visto desde esta óptica, qué estamos expresando cuando decimos que creemos en Dios así como quién es el Dios en quien creemos.

Creer y confiar en Dios es meta y es camino. Es meta porque es difícil creer en Dios a quien no vemos sin la experiencia del encuentro, del amor y la confianza en el hermano. Es camino porque la fe en Dios nos ha de impulsar a trabajar cada día la fe y el encuentro con el hermano.

A) Creer y confiar en Dios

Nosotros, los cristianos, creemos en un Dios Trino, Trinidad, creemos en un Dios que es comunidad de amor, un Dios que es fraternidad.

Nos dice Benedicto XVI en la carta apostólica *Porta Fidei*: *profesar la fe en la Trinidad equivale a creer en un solo Dios que es Amor*. Por tanto, creer en Dios es creer en el Amor.

Y al hablar de amor, de fe, de creer en Dios, la referencia más directa es hablar de la fidelidad de Dios, de su fidelidad a cada una de nosotras y de su fidelidad a su proyecto creador y redentor para toda la humanidad.

Creer en Dios es creer en su fidelidad, es creer en el Dios que ofrece y mantiene su palabra por mil generaciones, como canta María en el Magnificat: *su misericordia llega a sus fieles de generación en generación; en favor de Abrahám y su descendencia por los siglos (Lc 1, 50.55)*.

Dios es el fiel por excelencia, pues 'guarda el pacto y la misericordia para con los que le aman y guardan sus mandamientos' (Dt 7, 9). Dios es el compasivo y clemente, grande en misericordia y verdad, grande en fidelidad.

Nuestra fe es consecuencia de la fidelidad de Dios. Y esta fidelidad pide de nosotras ponernos en sus manos, fiarnos. Nuestra fe en Dios es una experiencia básica de confianza, de abandono, de entrega, en medio de las vicisitudes de la vida.

Todo en la relación del hombre con Dios es obra de la fe, signo y presencia de la fe que actúa. Todo es despliegue de un amor que se manifiesta en la entrega de la vida en manos de Dios, al servicio de los otros. Todo es perseverancia en la esperanza, expresión de un camino abierto hacia el Reino.

La Madre Juana María es para nosotras un claro referente de la fe en Dios, vivida en este camino concreto que ella inició y abrió para nosotras construyendo el Reino de Dios en la parcela a ella confiada, gracias a su perseverancia, a su constancia, a su esperanza puesta únicamente en Dios, puesta en la firme convicción de que El 'tocaría' y cambiaría los corazones adversos a su proyecto para que ella pudiera realizar su misión.

Estos gestos de abandono, de confianza, de entrega, constituyen la esencia de la vida creyente, de la vida de fe, son gestos que nos ponen en camino desde nosotras hacia Dios y, desde El nos impulsan, nos lanzan hacia el hermano.

En lo que vamos diciendo descubrimos que la fe cristiana no es algo que quede en un mero asentimiento, una simple afirmación, un sentimiento de adhesión, sino que debe impulsarnos al movimiento, a las obras, a la acción, y por ende a la profesión o confesión de esta fe en medio de la vida cotidiana, pues ella tiene que ser el motor de nuestras vidas.

'La fe sin obras está muerta' nos dice Santiago. *La fe implica un testimonio y un compromiso público*, nos indica la Porta Fidei. La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con El, por El, para El y como El.

'La seguridad de la fe no nos inmoviliza o encierra sino que nos pone en camino y hace posible el testimonio y el diálogo con todos', leemos en un twiter del Papa Francisco.

La confesión básica de nuestra fe consiste en un acto de amor. Consiste en amar a Dios y al prójimo. Confesar la fe significa traducir el amor de Dios y a Dios en forma de amor interhumano, sabiendo, reconociendo, que el prójimo es otro yo digno de amor, de ser amado.

Esta confesión de fe es exigente, pues implica descubrir en el otro a nuestro prójimo y, si el otro es mi prójimo no puedo menos que amarle.

La fe nos lleva a la ratificación del valor incondicional del otro, a quien debemos amar como a nosotras mismas, pero sabiendo (aceptando y asumiendo) que es diferente a nosotras. Debemos amarle porque es presencia de Dios.

La confesión de fe en el Dios cristiano nos ha de llevar a la raíz del testimonio que se refleja claramente en el Evangelio de Mateo (cf. Mt 25, 31-46), en el pasaje que leemos cada año al conmemorar la memoria de nuestra Madre Juana María: *tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis...* ; la confesión de fe en Dios debe orientar nuestra vida hacia el amor concreto a las personas, y ese amor se expresa en unas obras de servicio y caridad. Nuestro ejemplo más cercano de ello es la Madre Juana María.

Esta confesión de fe nos lleva a un compromiso concreto y constante en la vida, que abre y manifiesta el amor de Dios a todos los necesitados. Ser cristiano es amar a los demás de modo concreto y universal, es amar en gratuidad.

Nuestra confesión de fe es en un Dios trino, Trinidad, un Dios comunión de Amor, misterio de entrega, en el que se da constante y continuamente un *intercambio de amor entre el Padre y el Hijo en el Espíritu*. En Dios se da continuamente un intercambio de amor efectivo y afectivo, se da un amor real entre las tres personas que configuran su ser único, indiviso e indivisible.

Si confesamos desde el corazón nuestra fe en Dios, en el Dios Trinidad, comunidad de Amor, nos veremos imbuidas en esta verdad que confesamos, pues *no se puede pronunciar con*

verdad las palabras del Credo sin ser transformado, sin inserirse en la historia de amor que lo abraza, que dilata su ser haciéndolo parte de una comunión grande, del sujeto último que pronuncia el Credo, que es la Iglesia. Todas las verdades que se creen proclaman el misterio de la vida nueva de la fe como camino de comunión con el Dios vivo. (cf. LF, 46)

Y esta comunión con el Dios vivo, este Dios Trinidad en quien creemos, nos impulsa a nosotras a vivir en comunión de vida y amor con nuestras Hermanas para construir la fraternidad, nuestra fraternidad congregacional, que es una parcela (necesaria tal vez por su pequeñez, fragilidad y precariedad) de la fraternidad universal a la que es llamado y convocado todo el género humano.

B) Creer y confiar en los demás

La fe en el Dios Trino, en el Dios comunidad de amor, es el despertador de la fe en la comunidad, es el motor para la edificación de la fraternidad. Y viceversa, porque *'quien no ama a su hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve'* (1 Jn 4, 20).

Esto implica que debemos ser capaces de descubrir en cada hermana el rostro, la imagen, la presencia real y viva de Dios. Tal vez un rostro algo desfigurado, ajado, quebrado, con toda seguridad imperfecto; tal vez no sea el rostro que quisiéramos ver, porque lo deforme, lo menos bello, lo imperfecto... no suele gustarnos.

Pero esto debe hacernos pensar que tal vez, seguramente, a menudo, la imagen de Dios que nosotras, que yo con mis mejores deseos, que cada una de nosotras buscando siempre lo mejor, transmitimos una imagen que también está deformada, también es imperfecta, limitada, también puede no agradar a mi hermana...

Quizás sea éste uno de los mayores ejercicios de fe que estamos llamadas a realizar: descubrir en mi hermana de comunidad el rostro de Dios... y creer en ella y amarla porque es presencia de Dios.

La fe en la Trinidad nos insta a vivir nuestra consagración desde la fe en la comunidad, desde la confianza de sabernos y sentirnos un cuerpo que necesita de cada uno de sus miembros para funcionar, desde la conciencia de la importancia y necesidad de cada uno de los miembros, por pequeño que sea, por frágil que parezca, aunque esté enfermo y deforme.

Sólo desde la confianza en cada una de las hermanas, desde la convicción de que cada una pone lo mejor de sí misma para el crecimiento y el bien común, desde la aceptación de su estilo de ser y de vivir la consagración (que no tengo porqué compartir, pero sí estoy llamada e invitada a aceptar y respetar), ... sólo desde ahí adquiere sentido y fuerza la vida comunitaria.

Sé que esto no es fácil y que cada una tal vez tengamos ejemplos más que fundados para rebatir esta idea, pero si aumentara en nosotras la confianza en las hermanas, viviríamos más

desde la fe trinitaria a la que nos invita nuestra condición de cristianas. Si sentimos que no es posible, este sentimiento puede ser el que quizá nos bloquee y nos impida abrirnos a la gracia de la confianza, del amor y de la fe en cada una de nuestras hermanas...

Para crecer en la confianza y en la fe en las hermanas, nuestra vida comunitaria, hecha a imagen de la vida trinitaria, según nuestras Constituciones (n. 36), necesita caminos y cauces de intercomunicación personal *en la fe y en la caridad*, así como el don total de nosotras mismas. Para ello es indispensable el diálogo comunitario que nos hace crecer y avanzar en el conocimiento mutuo, en la cercanía y el cariño, impulsándonos a vivir fraternalmente, al estilo de la primera comunidad cristiana, donde lo ponían todo en común: lo que eran, lo que tenían, las experiencias que vivían, las dificultades que experimentaban...

Todo ello vivido desde la fe en el Dios Trinidad que nos urge a recrear entre nosotras, en nuestras comunidades, en nuestros apostolados, entre la gente con la que trabajamos y compartimos nuestro diario vivir, su clave de vida compartida, entregada, oblativa.

¿Qué implicaciones tiene para nosotras, vistas desde la clave del amor trinitario, del amor-comunión, vivir en fraternidad?

Hay tres actitudes trinitarias que pueden darnos la orientación para vivir esa comunión de vida, necesaria para fortalecer nuestra fe y confianza fraternas, a la que somos llamadas y a la que nos urgen nuestras Constituciones y nuestra profesión de vida:

1. *Salir al encuentro* del débil, del frágil, del enfermo, del necesitado, del pobre... como el **Padre** sale a nuestro encuentro al enviarnos a su Hijo.
2. *Compartir la vida* con los demás, los gozos y fatigas, las alegrías y tristezas, como hizo **Jesús**.
3. *Iluminar y allanar el camino* de los otros, caminar junto al otro, como hace el **Espíritu Santo**.

Estas son las tres actitudes básicas de la Trinidad (*salir al encuentro, iluminar el camino de los otros, compartir la vida*); actitudes que nosotras debemos poner en práctica cada día para construir la fraternidad, para vivir, caminar y crecer fraternalmente en nuestras comunidades y así ser testigos de un estilo de vida alternativo para la sociedad actual en la que están sumergidas nuestras comunidades, una sociedad en la que impera el individualismo, y a la que nosotras debemos ayudar a descubrir la riqueza y grandeza de la gratuidad, del altruismo, del compartir.

¿Cómo ponerlas en práctica?

- *Salir al encuentro*. Quizás muchas veces pensamos que es la otra la que debe acercarse, la que debe dar el primer paso; quizás el desempeñar en un determinado momento de nuestra vida el servicio de la autoridad o de la animación de la comunidad, nos lleve a sentir que es quien está en la base quien tiene que buscarnos... El mero hecho de ‘estar

ahí' puede no ser suficiente; hay que dar un paso más, no podemos quedarnos 'enclaustradas' en nosotras mismas.

- *Compartir la vida.* Quizás nos sirvan las palabras del Papa: 'ser pastores con olor a oveja'. Compartir la vida es implicarnos en la vida de los demás, es solidarizarnos con ellos, es encarnarnos en la realidad que nos envuelve y hacernos una con ella. Compartir la vida es crecer en empatía.
- *Iluminar el camino.* A veces nos pasa que cuando alguien que camina junto a nosotras pierde el rumbo, se desorienta, o se desanima, no sabemos qué hacer, qué actitud tomar, cómo actuar, qué determinación llevar adelante... Creo que en momentos así no se nos pide gran cosa, sino tan solo acompañar, caminar juntas, orientar la ruta recorriendo con fidelidad y coherencia nuestro propio itinerario; se nos pide alentar la esperanza, generando confianza desde el aprecio, la valoración, la cercanía, la gratuidad, la gratitud... Quizás el mejor modo de iluminar el camino de los otros es viviendo con autenticidad el nuestro.

Cada una sabemos qué aspectos debemos o necesitamos trabajarnos más, cuáles son más necesarios en nuestra comunidad, en nuestro apostolado, en nuestro día a día, para fortalecer nuestra fe y la de nuestras hermanas.

Estas actitudes son necesarias para crecer en la fe y la confianza en nuestras hermanas, en cada una con su rostro concreto; por ello se hace necesario tanto el vivirlas y llevarlas a la práctica nosotras mismas como el reconocer y acoger la vivencia de esas actitudes por parte de las otras, porque si es importante dar, ayudar, acompañar, amar... quizás más necesario se hace a veces saber recibir, acoger, aceptar y agradecer aquello que mi hermana, quizás más limitada, más pobre, más humilde... nos ofrece.

Esas actitudes son las que vivió nuestra Madre Juana María, son las actitudes con las que forjó y fraguó su proyecto de vida. Un proyecto ambicioso para una 'jovencita'. Juana María salió al encuentro de las obreras que encontró a la orilla del camino, ofreciéndoles una vida alternativa realzando su dignidad de mujeres; salió al encuentro de sus amigas ofreciéndoles un proyecto de vida alternativo, arriesgado, comprometido.

Ella allanó el camino de las obreras ofreciéndoles 'el pan y las rosas' (la posibilidad de luchar por un trabajo justo y su derecho a que se les reconozca su dignidad de mujeres), iluminando su existencia, orientándolas en sus derechos, acompañándolas en sus luchas y desvelos, caminando con ellas día a día, compartiendo sus gozos y fatigas, sentándolas a su mesa, la mesa del amor, de la fraternidad, la mesa que nos reúne como hijos e hijas de Dios.

Juana María fue una madre para ellas, como Dios es Padre para todos y cada uno de los hombres; fue una hermana para ellas compartiéndose y siendo una luz en su camino.

Nos dicen los teólogos que la extraordinaria fe de la Madre Juana María influyó profundamente en las jóvenes obreras; la fe era la base de su vida, influyendo profunda y radicalmente en sus elecciones y en el comportamiento existencial y cotidiano. La Madre

Juana María vivía de la fe; bastaba verla en su modo de proceder, tanto en las obras de piedad como en el ejercicio de las obras de apostolado... (Virtudes, p. 14. 24. 25)

En Maestra de Vida (p. 80) leemos que la fe abarcó la vida de la Madre Juana María, una fe progresiva que se fue acrecentando en ella; una fe que la remitía constantemente al compromiso y a la entrega; una fe que iluminó tantas y tantas oscuridades de su peregrinar. La vida de la Madre Juana María fue un continuo acto de fe, pues toda la dedicó a que la obra de Dios en ella se fuese realizando. La Madre Juana María supo hacer suyas las actitudes del Dios Amor, del Dios Comunión, del Dios Trinidad.

Decir Trinidad es confesar la fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, con la palabra, pero sobre todo con la vida. Y nosotras debemos hacerlo desde nuestro estilo concreto de vida, desde nuestra fraternidad comunitaria.

Nuestra vida comunitaria está llamada a vivir y reflejar la profundidad de la riqueza del misterio de Dios, configurándose como un espacio habitado por la Trinidad.

Al propiciar el amor fraterno en nuestra vida comunitaria revelamos que la participación en la comunión trinitaria, que intenta reproducir el estilo de vida y relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu, puede llegar a cambiar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad.

En la Trinidad todo es don, todo es kénosis, todo es amor; las personas divinas dan lo que tienen, lo dan todo, se dan.

En la comunidad, al darnos, al vaciarnos, nos plenificamos, nos ‘en-amoramos’, nos llenamos de amor, ‘porque dando se recibe’...

2. EL SERVICIO

¿Qué es el servicio?

La palabra *servicio* tiene su origen en el término latino *servitium*.

El servicio es la actividad y la consecuencia de servir, verbo que se emplea para dar nombre a la condición de alguien que está a disposición de otro para hacer lo que éste quiere; también tiene la acepción de ayudar, trabajar para otro, puede ser voluntariamente, haciendo lo que él quiere o dispone.

Si el servicio es realizado voluntariamente, no como una imposición o una carga, se convierte en un acto de amor hacia la otra persona que la ayuda a crecer.

En palabras recientes del Papa Francisco *servir* significa dar cabida a la otra persona, tratarla con cuidado; significa agacharse hasta quien tiene necesidad y tenderle la mano, sin cálculos, sin miedo, con ternura y comprensión, así como Jesús se inclinó para lavar los pies de los apóstoles. Servir significa trabajar al lado de los más necesitados, estableciendo con

ellos en primer lugar relaciones humanas de cercanía, vínculos de solidaridad. Servir significa reconocer y acoger las exigencias de justicia, de esperanza y buscar juntos las vías, los caminos concretos de liberación.

Tras esta pequeña introducción vamos a adentrarnos brevemente en una descripción del servicio en general para luego descender al servicio en clave cristiana, religiosa.

En términos humanos, generales, para llevar a cabo un servicio, son necesarios unos principios, los cuales pueden servir de guía para capacitarnos en esta tarea, así como proporcionarnos una orientación para mejorar en nuestro desempeño de la misma.

Estos principios básicos del servicio son la filosofía subyacente de éste, que sirven para entenderlo y, a su vez, aplicarlo de la mejor manera para el aprovechamiento de sus beneficios. Los *principios básicos* a los que nos referimos son:

1. Al realizar algo para otro, hacerlo con una actitud de servicio, es decir, hacerlo con la convicción íntima de que servir es un honor.
2. Buscar la satisfacción del destinatario final del servicio, o sea querer satisfacer a la otra persona.
3. Realizar el servicio con una actitud positiva, dinámica y abierta, esto es, vivir con la convicción de que “todo problema tiene una solución”, si se sabe buscar.
4. Estar satisfecho del lugar que se ocupa, de lo que se realiza, ya que esta situación estimula a servir con gusto.

Por otra parte, ahondando un poco más en el término servicio, descubrimos que hay unas *actitudes necesarias* para ofrecer un buen servicio:

1. Realizar la acción con una actitud afable: sonreír, mirar a los ojos, acoger, comprender...
2. Tener una comunicación positiva: interactuar efectivamente con la otra parte, para lo cual es imprescindible que haya una comunicación fluida, positiva, es decir: verdadera, específica, sincera, oportuna.
3. Entender, comprender, a la otra persona; para ello es necesario saber escuchar y formular preguntas efectivas. Escuchando al otro identificamos sus necesidades y expectativas, comprendemos sus problemas y así podemos ayudarlo.
4. Ser amables: fomentar las interacciones cálidas y positivas con la otra persona.
5. Desempeñarse adecuadamente: saber cuál es la misión encomendada y cómo se espera que se realice. Para esto es necesario: responsabilidad y búsqueda de la mejor manera de hacer las cosas.

Con estos preámbulos nos adentramos en el tema que nos ocupa: nuestro servicio como autoridad, o el ejercicio de nuestra autoridad como servicio.

El servicio de la autoridad

Desempeñar una responsabilidad de autoridad en una comunidad es adentrarnos en el ejercicio de un acto de servicio que va a requerir de nosotras el poner en práctica los principios básicos y las actitudes mencionadas hace un momento para que nuestro servicio sea de calidad y, al ser realizado con caridad, con amor, con entrega, redunde en el bien común.

Decíamos que el servicio es un acto de amor hacia la otra persona que la ayuda a crecer. Ese es el sentido metafórico de la palabra autoridad (*augere*): es la capacidad de hacer crecer al otro desde dentro, abriéndole horizontes y mostrándole caminos.

La palabra *auctoritas* procede del verbo *augeo*, que tiene dos significados principales: hacer más grande una cosa (hacer crecer) y hacer surgir algo fértil de un terreno yermo (ayudar a nacer). La *auctoritas*, la autoridad, es la persona que es capaz de hacer brotar cualquier cosa de donde parece no haber nada y de llevar a la vida lo que pudiera estar muriendo.

En términos de vida consagrada, servir es ser signo de unidad y guía en la búsqueda comunitaria y en la realización personal y comunitaria de la voluntad de Dios.

Buscar la voluntad de Dios significa buscar una voluntad amiga, benévola, afable, que quiere nuestra realización, que desea de nosotras, sobre todo, la libre respuesta de amor al amor suyo, para convertirnos en instrumentos de su amor, en instrumentos del amor divino que hace presente y real en medio del mundo el Reino de Dios.

Hablar de autoridad en la Iglesia significa situarse en el marco del discurso de la fe. La autoridad nace, surge, brota, del Espíritu Santo, no de nuestras capacidades personales, ni de nuestros valores, ni de los conocimientos adquiridos, ni de los estudios realizados. La autoridad brota del Espíritu, mira hacia el Espíritu, orienta hacia el Espíritu e indica el camino hacia el Espíritu.

¿Qué implica el servicio? ¿Cómo me complica?

Hoy día se tiende a hablar en la vida religiosa de la autoridad en clave de servicio, pero sin perder el horizonte jerárquico que caracteriza a la Iglesia.

Desde los orígenes del cristianismo, Jesús establece unas pautas para ejercer la autoridad en la Iglesia, poniéndose a sí mismo como ejemplo en el desempeño de la misma: *'el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, sea vuestro servidor'* (Mt 20, 26), es decir: el que ostente la autoridad entre vosotros, sea el que os sirva.

A los ojos de Dios, el ser precede al hacer y el hacer viene dado por el ser; es decir, la función proviene del carácter. Más específico aún: los que sirven lo hacen porque son servidores.

De ahí podemos deducir que el servicio es una actitud, innata o adquirida, que quienes, por diversos motivos, hemos sido llamadas, temporalmente, para desempeñar algún servicio de autoridad, debemos interiorizar, o sea, incorporar a nuestra propia manera de ser, de pensar y de sentir, de tal modo que uno de los objetivos de nuestra existencia sea llegar a ser

servidoras, siervas, como lo fue Jesús, independientemente de nuestro papel, de nuestra misión concreta.

¿Servidoras de quién? Servidoras de Dios. Y para servir a Dios tenemos que realizar esta misión en actos concretos de servicio. ¿A quién? A nuestras hermanas de comunidad, de Congregación, a los destinatarios de nuestro carisma...

¿Por qué? Por el mismo deseo que nos expresa Jesús: *'el que quiera ser grande entre vosotros sea vuestro servidor'* (Mt 20, 26); para El autoridad equivale a servicio y esta es su razón de ser en los Evangelios.

'El comportamiento de Jesús en la Última Cena (lavar los pies, el servicio más bajo que había) es un principio de gobierno' (*Holstein, Gouvernement spirituel*).

A) EL SERVICIO DEL PODER

En clave cristiana tener un cargo de autoridad, ocupar un sitio de poder, es tener la capacidad, la oportunidad, la posibilidad, de servir.

Y el servicio nos debe llevar, como a Jesús, al amor hasta el extremo, a amar hasta que nos duela, hasta dar la vida.

La autoridad (en la Vida Religiosa representada por los Superiores) es servicio porque cada responsable de la comunidad, cada Superiora, está llamada a ser para sus hermanas una servidora, una sierva (*la palabra siervo viene de la palabra hebrea **eved**, que originalmente significaba esclavo, pero que evolucionó hasta llegar a significar 'alguien en quien se confía'*). La Superiora está llamada a ser alguien que busque, en clave evangélica, ejercer su misión responsable y coherentemente para crecer en fraternidad junto a toda la comunidad a ella confiada.

El papel de la autoridad en la comunidad es estar al servicio de cada una de las hermanas en particular y de todas en el conjunto que forman para que cada comunidad pueda convertirse en un Cenáculo (Cons. 51) y así la comunidad en su conjunto y cada hermana en particular crezcan en la comunión, el conocimiento mutuo, el amor, la entrega, la convivencia y el servicio (Cons. 39).

Este servicio que la Superiora presta a la comunidad tiene tres ejes fundamentales que engloban todas las dimensiones de nuestra vida: es un servicio de caridad (vida fraterna), un servicio de acompañamiento espiritual (vida espiritual) y un servicio de coordinación (vida apostólica).

- El ejercicio de la autoridad es un *servicio de caridad*, de amor fraterno, comprensivo y compasivo, que debe extenderse a todas las hermanas, sobre todo a las más débiles, en las que debemos ver la imagen que Jesucristo ha marcado y en la que quiere seguir dejando

su marca. (cf. Cons. 198) Es un servicio con el que promueve la vida fraterna procurando crear un ambiente de confianza, paz, serenidad, diálogo... (cf. Cons. 197)

- También podemos decir que es un *servicio de acompañamiento espiritual*: acompañar a las hermanas en su camino de fe, en su avanzar hacia Dios, alentarlas en su caminar diario, disipando sus dudas, estimulando sus avances, acompañando su día a día, en el que aparentemente quizás no pase nada porque Dios pasa por la vida de cada una en silencio, rozando suavemente su alma. Para realizar este acompañamiento se requiere ejercer con paciencia y humildad la escucha de cada una de las hermanas, la honestidad, el amor, la comprensión... interesándonos por sus pequeñas cosas; se requiere conocerlas por dentro y para ello es imprescindible el diálogo fraterno. (cf. Cons. 205)
- La autoridad es también un *servicio de coordinación*: coordinación de las tareas de la comunidad, buscando que cada hermana pueda realizarse y poner al servicio de las demás los dones de la gracia que el Espíritu ha derramado sobre ella (cf. Cons. 197). Y coordinación del apostolado, de la misión encomendada a la comunidad. En esta coordinación procurará crear un ambiente de fe, de recíproca confianza, de paz y serenidad, de comunicación.

¿**Cómo** debemos ejercer este servicio de la autoridad en la comunidad religiosa? El servicio de la autoridad debe ejercerse con humildad, con sencillez, siendo dóciles a la voluntad de Dios para con cada una de nosotras.

El servicio de la autoridad se realiza:

- acompañando a las hermanas desde la conciencia, la justicia y la rectitud de intención, teniendo en cuenta su ser hijas de Dios, convocadas para ser hermanas y formar parte de una misma familia: la Congregación;
- promoviendo la obediencia voluntaria desde el diálogo sincero y transparente, desde el diálogo abierto, confiado y espontáneo;
- mostrando respeto a todas las hermanas;
- estando atenta a cada una de ellas, a sus inquietudes, sus problemas y preocupaciones, sus necesidades e ilusiones;
- favoreciendo la colaboración mutua y la corresponsabilidad, en el desempeño de la misión confiada a la comunidad.

¿**Qué** se requiere de la comunidad para que la persona que tiene encomendada la misión del servicio a la comunidad pueda desempeñar su correctamente su función?

Para que este servicio del poder pueda desempeñarse adecuadamente por quien tiene sobre sí el ejercicio de la autoridad, requiere que en el seno de la comunidad reine un clima de confianza mutua, respeto, sinceridad, claridad, transparencia... pues estas actitudes facilitan a la superiora el realizar la misión a ella encomendada desde la libertad interior, la serenidad y la tranquilidad que da el sentirse acogida y respetada por las hermanas de la comunidad; y

estas actitudes también facilitan a las hermanas la acogida complacida de quien ejerce la autoridad y de lo que ésta pueda requerir de ellas.

Lograr esto es tarea y empeño de todas y cada una de las hermanas; a cada una se le puede y debe pedir que dé y se dé en la medida de los dones y talentos recibidos, que no son más que un regalo para el bien común.

Esta reciprocidad de dar y recibir, entregar y acoger, revertirá en una comunidad evangélica y evangelizadora, fortalecida en la alegría, la paz, la tolerancia, el agrado, la sencillez, la sinceridad y el dominio de cada una; una comunidad que será signo visible de la fraternidad universal a la que es llamado todo el género humano. (Cons. 45)

¿Qué cualidades debemos trabajarnos para lograr que en el desempeño del servicio a la comunidad ésta llegue a ser imagen de la fraternidad universal?

- *Escucha y disponibilidad*: escuchar activamente a las hermanas y apoyarlas, prestando particular atención a lo que a veces puede quedar implícito.
- *Empatía*: comprender y empatizar con las demás. Todas las hermanas tienen derecho al respeto y a la valoración de su desarrollo personal.
- *Animo*: tratar de ayudar a las hermanas a resolver sus problemas y los conflictos en sus relaciones, para fomentar y apoyar el desarrollo personal de cada una.
- *Toma de conciencia*: crecer en auto-conciencia. Ver las situaciones desde una perspectiva integrada y holística (diferenciada).
- *Persuasión*: tratar de convencer, sin coaccionar, a aquellas a las que guiamos para el desempeño de algo.
- *Conceptualización*: ver más allá de los límites de la gestión diaria de la comunidad, teniendo en cuenta la visión de la Congregación antes de formar nuestra visión.
- *Prospectiva*: capacidad de prever el resultado probable de una situación. Aprender del pasado para comprender mejor la realidad actual e identificar las posibles consecuencias sobre el futuro.
- *Compromiso con el crecimiento de las personas*: debemos alimentar el crecimiento personal, profesional y espiritual de las hermanas a través de la Formación Permanente.
- *Responsabilidad con la construcción de la comunidad*: Una de las prioridades esenciales de la autoridad debe ser la construcción, con la colaboración de todas las hermanas, de una comunidad fraterna, orante y evangélica.
- *Administración con justicia y equidad*: a nosotras se nos confía cada comunidad para el mayor bien de la Congregación, de la Iglesia y de la sociedad, por tanto debemos administrar rectamente lo que se nos ha confiado.

También encontramos algunas claves para ejercer el servicio del poder o de la autoridad en la instrucción ‘El servicio de la autoridad y la obediencia’, de mayo de 2008, en el nº 13:

- Estamos llamadas a ponernos al servicio de lo que el Espíritu quiere realizar en cada hermana a través de los dones que le ha otorgado para desempeñar el proyecto carismático del Instituto.
- Debemos garantizar a la comunidad el tiempo y la calidad de la oración, velando sobre la fidelidad cotidiana a la misma, conscientes de que se avanza hacia Dios con el paso, sencillo y constante, de cada día y de cada una, sabiendo que somos útiles a los demás en la medida en que estamos unidas a Dios.
- Tenemos que promover la dignidad de la persona, prestando atención a cada una de las hermanas y a su camino de crecimiento, ofreciéndole a cada una estima y consideración positiva, teniendo un sincero afecto para con todas y cada una.
- Estamos invitadas a infundir ánimo y esperanza en las dificultades, ayudando a encajar las dificultades de cada momento, recordando que forman parte de los sufrimientos que con frecuencia jalonan el camino hacia el Reino.
- Tenemos que mantener vivo el carisma de la Congregación, poniéndonos al servicio del mismo, custodiándolo con cuidado y actualizándolo en la comunidad; así como el sentido de la fe y de la comunión eclesial, *'sentire cum ecclesia'*.
- Finalmente debemos acompañar a cada hermana en el camino de la formación permanente, estando atenta a su crecimiento en todas y cada una de las fases y estaciones de la existencia, de manera que quede garantizada esa «juventud de espíritu que permanece en el tiempo» y que hace a la persona consagrada cada vez más conforme con los «sentimientos que tuvo Cristo» (Flp 2, 5).

Como podemos observar es todo un programa de vida, muy exigente y comprometido, que abarca todas las dimensiones en las que se desenvuelve nuestra vida: espiritual, fraterna, apostólica, formativa..., un programa en el que se nos dan todas las claves para lograr el correcto desempeño de la misión a nosotras confiada: el servicio a la comunidad.

El papa emérito Benedicto XVI decía en su discurso a los superiores y superioras, en mayo del 2006, que “el servicio de la autoridad exige una presencia constante capaz de animar y proponer, de recordar la razón de ser de la vida consagrada, de ayudar a las personas que les son confiadas a responder con fidelidad siempre renovada a la llamada del Espíritu”.

La autoridad y la obediencia son un ejercicio de caridad, un poner en práctica la nueva ley, que es el amor, para conducir al cumplimiento de la voluntad de Dios, a la santidad (cf. Jn 5, 9-15 . 6, 57).

Resumiendo. En este apartado hemos visto: cuál es el papel de la autoridad en la comunidad: caridad, acompañamiento espiritual y coordinación; cómo debe ejercerse; qué se requiere de la comunidad para el correcto desempeño de la misión del servicio; qué cualidades son necesarias para el desempeño de la autoridad y las claves para ejercer este servicio de la autoridad.

Pasamos ahora a ver el contrapunto: el poder que nos otorga el servicio.

B) EL PODER DEL SERVICIO

El que sirve se reviste de ‘poder’: poder amar, poder ayudar, poder comprender, poder acoger, poder respetar, poder aceptar...

La clave está en dónde ponemos el acento: ¿en el poder o en amar, ayudar, comprender, aceptar, acoger..?

Siervo es la palabra que traduce el término griego que significa también ‘esclavo’; indica que uno sabe quién es su dueño, porque pertenecer significa tener una identidad, la del dueño.

Pertenecer al Señor es una dignidad, la mayor dignidad a la que podemos aspirar, porque trabajar para El nos empuja a hacer su mismo trabajo. Del deseo de parecernos al Señor proviene el fundamento de la vida religiosa estructurada en los consejos evangélicos. Pertenecer al Señor, ser sus ‘esclavas’, nos identifica, y nos debe lanzar a vivir desde la identificación con El, desde la búsqueda constante de asemejarnos a El en todo.

La superiora es una sierva que cuida de sus hermanas guiando la comunidad. ¿De qué puede vanagloriarse un siervo por semejante servicio? ¿Qué recompensa puede desear o anhelar? Nada le pertenece; todo es del Padre. Aquí podemos entender la expresión evangélica ‘siervo inútil’ (Lc 17, 10): quien sirve atendiendo a los hermanos no debe buscar ninguna ganancia. Su servicio procede de una fuente precisa: el don que el siervo ha recibido sin merecerlo aún antes de ir a trabajar en la viña: el don del descubrimiento, en su vida, de una presencia que libera, que transforma, que salva.

‘Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis’ (Mt 10, 8); la más alta recompensa que podemos recibir y a la que debemos aspirar es el amor y la gracia de Dios, la gracia de Aquel que ha amado hasta el extremo y se ha dado a sí mismo por los demás.

Cuando el siervo de la parábola dice que ha hecho lo que tenía que hacer y se declara siervo inútil expresa dos verdades: su servicio parte de un don (aceptar libremente asociarse a la obra que sólo el Señor cumple); y su servicio es preparar la obra (el establecimiento del Reino entre nosotros)...

Pero aunque todas sabemos y somos bien conscientes de esto, de que somos *siervas inútiles*, que al cumplir nuestra misión, que al servir a nuestras hermanas, no estamos haciendo ni más ni menos que lo que teníamos que hacer, en cierto modo no nos gusta sentirnos ‘in-útiles’. (*Todas nosotras estamos oyendo continuamente la queja de algunas de nuestras hermanas: ya no sirvo para nada, qué voy a hacer, ya no tengo fuerzas...*)

¿Por qué esta contradicción de nuestros sentimientos con el mensaje del Evangelio? Por la resistencia de la naturaleza humana a menguar, a disminuir, a ser menos, a ocupar el último

lugar. Preferimos leer y entender nuestro servicio en clave de crecimiento. ¿Llegaremos algún día a poder decir con el corazón y con la vida, porque con palabras es relativamente fácil, ‘*es necesario que yo mengue para que El crezca*’ (cf. Jn 3, 30), como San Juan Bautista?

Y es que el que sirve, la que sirve, las que servimos, de alguna manera, nos revestimos de poder; un poder que puede tener dos vertientes: la del servicio desinteresado (siervo inútil) y la del enorgullecimiento (siervo que busca recompensa).

Quien sirve desinteresadamente, quien llega a ser el ‘siervo inútil’ del que nos habla el Evangelio, encuentra en su interior una serie de actitudes y motivaciones para ayudar al otro o a la otra a crecer, a ser más persona, a reencontrar o descubrir su dignidad.

Quien sirve porque ha sido capaz de hacer del servicio una actitud inherente a su ser más íntimo ayuda al destinatario/a de su servicio a sentirse querido/a, valorado/a, apreciado/a, necesitado/a...

El que sirve porque el servicio es inherente a él, porque ha sido capaz de lograr que el servir a los demás sea la motivación más profunda de sus acciones, se iguala a aquel a quien sirve, se hace uno más con el otro, no le importa descender hasta el lugar donde está el otro y caminar junto a él.

Cuando el servicio de quien, por decirlo de alguna manera, estamos en el poder se realiza desde la óptica anterior, desde el sabernos y sentirnos siervas inútiles y que nuestra única recompensa será el amor y la bondad de Dios, es más fácil vivir y creer en comunidad porque todas somos iguales y nos sentimos parte de un proyecto común.

Quien sirve tiene el poder de ayudar, de comprender, de acoger, tiene el poder de aceptar, de acompañar, de guiar, el poder de iluminar... y así podríamos seguir enumerando una serie de acciones que realizamos a lo largo del día a día de nuestra vida casi sin darnos cuenta, o al menos sin tomar conciencia de las grandezas de las mismas, y del poder positivo que pueden tener en la otra persona si las realizamos desde la caridad fraterna.

Todo esto, si lo vivimos y realizamos con amor y por amor, nos empodera. ¿Qué quiero decir con esto? Por una parte nos llena del poder de la humildad, de la sencillez, de la gratuidad, haciéndonos así más gratas a los ojos de Dios. Por otra, hablar de *empoderamiento* es referirnos al proceso por el que aumenta en nosotras la fortaleza espiritual para impulsar en la otra persona y en nosotras mismas un cambio positivo, que redunda en el crecimiento espiritual, en el nuestro personal y en el de cada una de nuestras hermanas.

El servicio por amor es en realidad un premio, el de la liberación del egoísmo, el de la salida de nosotras mismas, el de la comunión con los demás; servir por amor nos hace pensar más en los demás que en nosotras mismas.

Nos dice San Pablo que estamos llamadas a la libertad para ‘*ser, mediante la caridad, esclavos los unos de los otros*’ (Gal 5, 13). El servicio nos hace libres, libres para amar, libres

para entregarnos, libres para dar y darnos, como hizo la Madre Juana María que se dio a sí misma a las obreras, a las hermanas, a la Congregación, a la Iglesia.

Pero, este poder que nos otorga el servicio puede llevarnos a descubrir, a veces subrepticamente, que en el siervo puede haber una pretensión de recompensa, un hacernos valer, o un cierto orgullo, enmascarado por una aparente humildad, del servicio que hacemos...

Cuesta admitir y reconocer, y por ello siempre tendemos a ver nuestro servicio y/o poder en clave positiva e incluso creyéndonos necesarias para desempeñarlo, que el poder puede llevarnos a enorgullecernos, a hacernos valer por lo que representamos, a creer que, por el hecho de haber sido llamadas a prestar este servicio, somos importantes, necesarias...

Entonces lo que representamos puede distorsionarse, falsearse, ya que sintiendo que por el mero hecho de servir somos más (más necesarias, más imprescindibles, más importantes, más...), no buscamos con transparencia lo mejor para la otra persona, y por ende para la comunidad, la Congregación, la Iglesia...

Podemos caer en la tentación de hacernos valer por el servicio que prestamos, sin tener en cuenta que éste sólo es 'servicio' cuando busca lo mejor para todos, cuando nos ayuda a caminar en comunión, cuando nos impulsa a edificar la comunidad, cuando nos hace descubrir el calor de la fraternidad, cuando ayuda a crecer a la otra persona...

El servicio sólo es 'servicio' cuando a través de él el Reino se hace palpable entre nosotras y a través de nosotras. Y el Reino es justicia, es amor, es verdad y es libertad.

Este poder que nos otorga el servicio también tiene un aspecto positivo. El poder del servicio nos da la capacidad de ser mediación: ser vínculo de comunión en la comunidad para buscar con ella la voluntad de Dios.

Nos da la oportunidad de ser signo de conciliación, de búsqueda de la armonía comunitaria, de propiciación del discernimiento comunitario, de colaboración en la integración, afectiva y efectiva, de todos los miembros de la comunidad.

El poder del servicio debe dirigirnos a impulsar a discernir, desde el diálogo fraterno, aquello que favorece la fraternidad comunitaria, desde la colaboración activa y responsable de todas las hermanas, desde la corresponsabilidad.

También debe dirigirnos a animar a todas y cada una de las hermanas a sentirse parte de un proyecto común: el proyecto del Reino en la parcela a nosotras otorgada, el servicio al mundo obrero, cada una desde la misión a ella confiada, sea activa o pasiva... pues también el Reino se construye desde la aparente pasividad e inactividad de las que ya pueden aportar exclusivamente su oración, su apoyo, su preocupación e interés por el quehacer de las demás.

El servicio de la autoridad nos otorga también el poder de facilitar y recrear la comunión fraterna, a fin de que cada una de las hermanas a nosotras confiadas se realice a imagen de Dios en la relación con las demás.

Una de las misiones que tenemos como autoridad en la comunidad es consolidar la comunión fraterna; debemos usar nuestro poder para animar, estimular e impulsar, la construcción, junto a todas las hermanas a nosotras confiadas, de una comunidad fraterna en la que se busque a Dios y se le ame sobre todas las cosas.

La autoridad, en este sentido, tenemos el poder de *favorecer y sostener la consagración de cada una de las hermanas* (para mí, pensar esto, es algo estremecedor).

La autoridad debe ofrecer la orientación y animación necesarias para que, con la colaboración de todas, poniendo los dones de cada una de las hermanas a disposición del conjunto de la comunidad, se llegue al desarrollo, actualización y encarnación del carisma en la realidad actual. El carisma se actualiza en la medida en que cada una de las hermanas lo hacemos nuestro y lo encarnamos en la misión que realizamos.

¿**Cómo** ejercemos nuestro servicio de autoridad? Quizás muchas veces, ante la misión encomendada del servicio y animación a la comunidad, nos sentimos poco preparadas, poco aptas para guiar, acompañar e iluminar a cada hermana en particular y a la comunidad en conjunto en su proceso de seguimiento del Señor.

Para desempeñar esta tarea debemos descubrir y potenciar en nosotras unas cualidades humanas que revisten una importancia extraordinaria para desempeñar este servicio y que nos ayudarán en el mismo. Estas cualidades son:

- la prudencia, pues ella genera las otras virtudes cardinales: justicia, fortaleza y templanza;
- la transparencia, sinceridad y honradez, que iluminan siempre la vida de la comunidad y le permiten caminar en la verdad;
- la capacidad de dialogar y establecer una búsqueda conjunta de soluciones;
- la capacidad de acompañar y esperar;
- la autoestima, que favorece una personalidad cada vez más madura y equilibrada;
- la capacidad de unir a personas diferentes, de mediar en los conflictos, de realizar nuevas síntesis.

Concluyendo esta parte, sólo me cabe añadir que las personas con verdadera autoridad no se preocupan en absoluto por preservar el propio poder, sino que, por el contrario, actúan movidas por el deseo de que las otras personas crezcan en autodeterminación y en libertad de acción.

Las personas con verdadera autoridad promueven espontáneamente la obediencia activa y responsable en la comunidad; y si en la comunidad se vive la obediencia descubriendo en la autoridad, por medio del discernimiento, esa mediación humana entre cada hermana y Dios, surge entre ellas una relación de verdadera caridad, de verdadero amor, y una nueva dignidad le es conferida tanto a quien dispone como a quien obedece.

La verdadera autoridad crece en la medida en que hace crecer a otros y otras: Jesús libera a la mujer encorvada por el demonio que la aplasta, y la defiende de las autoridades que quieren impedir su curación, poniendo con ello en riesgo su propia vida. Jesús usa su libertad y autoridad para “empoderarla”, para que ella se pueda enderezar por sus propias fuerzas. Le devuelve su dignidad humana, la libera para andar erguida y libre (Cfr. Lc 13, 10-17).

Esa es la misión de la autoridad, nuestra misión: liberar, dignificar, empoderar... Nuestra misión es *hacer crecer para crecer en comunión*.

3. FE Y SERVICIO: AUTORIDAD ESPIRITUAL

Servir con, por y desde el Amor. Para dar vida. Para construir la fraternidad, para avivar la fe.

Hablar de autoridad en la Iglesia significa situarnos en el plano de la fe. El servicio de la autoridad debe hacernos crecer en transparencia, en fidelidad al primado de Dios y en radicalidad evangélica.

En este tiempo concreto en que nos ha tocado, o hemos sido elegidas, para desempeñar el servicio de hacer crecer a nuestras hermanas de comunidad, de Congregación, tenemos que entender, vivir y ejercer nuestra misión en clave espiritual. ¿Qué quiero decir con esto? Tal vez no se nos pida tanto que administremos adecuadamente los bienes (que debemos hacerlo), ni que gestionemos adecuadamente los recursos (que también es tarea nuestra), ni que organicemos nosotras directamente el apostolado ni siquiera, quizás, que lo desempeñemos o que todo pase por nuestras manos, sino más bien que apoyemos, acompañemos, estimulemos, valoremos, ... a nuestras hermanas. No debemos ser meramente administradoras, organizadoras, gestoras... sino acompañantes espirituales, compañeras de camino de nuestras hermanas de comunidad y de Congregación, orientadoras de la experiencia y/o vivencia espiritual de cada una de nuestras hermanas.

Esto supone vivir bajo la guía del Espíritu, lo cual exige un camino diario y continuo de ascesis, de renuncia de nosotras mismas para dar paso a Dios a través de nuestra mediación humana.

Ejercer la autoridad en clave espiritual vincula estrechamente nuestras vidas con el misterio trinitario del amor-comunión que es Dios, al que nos hemos referido antes.

Sin entrar en temas de feminismos, que sería algo muy complejo, podemos decir que el Espíritu Santo y las mujeres tenemos muchos rasgos en común: la acogida, el cuidado, la ternura, la custodia y defensa de la vida, el hacer crecer, la educación, la orientación, el dar vida... Si nos dejamos conducir por el Espíritu Santo podemos ser, como El, creadoras de vida y hacer que todo a nuestro alrededor fecunde.

Desempeñar el servicio de la autoridad en clave espiritual exige de nosotras una continua vigilancia sobre nuestro modo de vivir, de ser, de actuar, así como una gran transparencia en nuestro discernimiento para poder vivir y crecer en libertad.

El ejercicio de la autoridad nos debe conducir a ejercer la maternidad espiritual para con nuestras hermanas, lo cual enlaza nuestras vidas con la paternidad-maternidad de Dios Padre. Cuanto más nos dejemos orientar por El, más y mejor expresaremos esa dimensión materna que orienta con claridad y guía con dulzura.

De la Madre Juana María se dice que fue una madre espiritual para las obreras, ayudándolas a vivir con gran fe y humildad confiándose siempre a la Providencia. ¡Cuánto más lo sería para las Hermanas!

Desde esta dimensión de la maternidad espiritual, la superiora debe ser una ‘custodia’, un guardia, de la vida espiritual de las Hermanas, alguien que cuide con diligencia y cuidado, con delicadeza y amor, con ternura, el crecimiento y la primacía de la vida en el Espíritu de la comunidad a ella confiada.

Vivir la autoridad en clave espiritual es ejercer nuestra misión desde la debilidad, con humildad, acogiendo, como Jesús, la vulnerabilidad y la pobreza, la fragilidad y debilidad humana, testimoniando con nuestra vida la reconciliación y la paz, el amor y la esperanza.

Esta clave de amor trinitaria, necesaria para hacer crecer la fraternidad, para caminar en comunión, implica que nos expresemos en la relación fraterna cotidiana para crear vínculos, lazos, relaciones que deben tener su fuente en la relación con el Dios trino. Esta clave nos conduce a poner en práctica el primado del Amor, del amor que da y se da, que se entrega hasta dar la vida.

Si vivimos dando prioridad a este primado del amor seremos capaces de construir relaciones íntegras, relaciones que abarquen todas las dimensiones de la persona: cuerpo, mente y espíritu.

También viviremos en gratuidad, que es la expresión de un amor que no se vuelve sobre sí mismo, sino un amor que se da sin esperar nada, que ama por puro don, por puro gozo... expresión de un amor que se traduce en el ‘servicio’ alegre y generoso.

En el servicio está la autenticidad de nuestra vocación, de nuestra misión como autoridad en la comunidad. La comunidad es una escuela en la que se sirve al Señor, una escuela en la que las hermanas se sirven las unas a las otras con caridad, a ejemplo de quien está al frente de la misma: Dios, representado en la Superiora.

Cada una de nosotras nos debemos gloriarnos de ser siervas sin paga, ‘siervas inútiles’, porque la recompensa la hemos obtenido ya en el don de la vocación, y permanecer en el amor, que es permanecer en Dios, es todo lo que debemos desear, todo a lo que debemos aspirar.

Quien trabaja para el Señor lo hace gratuitamente porque ha sido amado gratuitamente. Quien trabaja para su comunidad, para su Congregación, para la Iglesia, no debe esperar ser pagado por aquello que hace porque la ganancia es el bien de las mismas; por ello, debe trabajar más, trabajar con un espíritu desprendido buscando cómo ser útil en cualquier pequeña cosa que se haga, porque quien ama, intenta siempre hacer lo máximo por quienes ama sin esperar otra recompensa que el amor mismo. Y el Amor es Dios.

CONCLUSION:

Como Esclava de María, no puedo acabar esta intervención sin hacer una referencia a **María**, la esclava del Señor, la 'sierva' por excelencia, la Mujer que se pone al servicio de la Iglesia naciente...

En Caná de Galilea, en el contexto de una boda, María es claro ejemplo de las actitudes que debe tener el siervo, estando pendiente de las necesidades de los demás, y sin perder el horizonte de la obediencia a Quien está por encima de Ella, nos invita continuamente a seguir sus indicaciones: 'Haced lo que El os diga'.

'Haced lo que El os diga' es la palabra que Ella dirige a la Iglesia y nos dirige hoy a cada una de nosotras: Haced lo que El os diga, dejaos orientar por El en el desempeño de vuestra misión, seguid sus indicaciones a través de la mediación del Espíritu, acoged el proyecto que tiene para cada una de vosotras; llenad las tinajas de agua para que El la convierta en vino:

- el pesimismo porque somos pocas en la esperanza en que El hará germinar las semillas,
- el cansancio por los muchos años de servicio en el ánimo por acompañar y acoger a las que están empezando,
- las discrepancias entre nosotras en la comprensión y la aceptación de nuestras diferencias,
- la apatía por las contrariedades del camino en el ánimo porque algo nuevo está surgiendo,
- el miedo a desaparecer en la audacia para emprender nuevas rutas,
- el estar acomodadas en el riesgo de salir de nosotras,
- el temor a romper esquemas en la osadía de crear otros nuevos,
- la instalación en nuestros puntos de vista en la aventura de abrir nuevos horizontes,
- la independencia y el individualismo en la comunión y la corresponsabilidad,
- las relaciones frías y distantes en el calor del afecto y del sentimiento,
- los intereses personales en un proyecto comunitario de vida,
- el aferrarnos al pasado en la apertura al futuro,
- el legalismo y rigorismo en la tolerancia y flexibilidad,
- el secularismo y la superficialidad en la espiritualidad y la profundidad,
- ...

Y así podríamos continuar. Cada una sabemos lo más o menos vacías que están nuestras tinajas, cuánta agua hay en ellas que deba ser convertida en vino, en el vino nuevo de la Alianza.

DECALOGO MARIANO

Para concluir, tomo prestado el guion de un retiro de Gonzalo Fernández, cmf, en la UISG, que puede iluminar nuestro servicio de animación de la comunidad. Partiendo de los capítulos 1 y 2 de Lucas desarrolla un Decálogo Mariano, que en parte suscribo.

1. “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo” (Lc 1,28)

Para vivir espiritualmente el servicio de animación de la comunidad, debemos empezar por acogerlo como una gracia, un don. Es una gracia nueva que, de alguna manera, altera nuestras vidas y tal vez nos desinstala; es un don de Dios que nos muestra su amor y nos da su Espíritu para poder desempeñar nuestra misión. Es un don que nos permite ser una mediación para que nuestras hermanas vivan con fidelidad su vocación.

Como María, debemos sentirnos ‘llenas de gracia’, llenas de alegría, de gozo, por el encargo recibido aunque éste, al menos aparentemente, supere nuestras capacidades. Y como María estamos llamadas a acogerlo con docilidad y a responder con nuestra entrega generosa.

2. “Ella se turbó al oír estas palabras” (Lc 1,29)

Quizás también nosotras, como María, nos hayamos turbado al ser llamadas o escogidas para esta tarea. En la espiritualidad no hay que tener miedo a los momentos de turbación, de desconcierto, de perplejidad.

La turbación puede provenir de nuestra misión de animación de la comunidad, de lo que están viviendo nuestras hermanas, del apostolado que desempeñamos, ... pero también puede provenir de la misma Palabra de Dios, como le ocurrió a María, que se turbó ante el mensaje que el ángel le llevaba de parte de Dios.

Quizás una de nuestras turbaciones sea descubrir la disonancia entre la misión encomendada y nuestra pobreza personal. Este temor puede paralizarnos o ayudarnos a madurar si tomamos conciencia de lo que somos y nos abrimos a la acción de Dios en nosotras y a través de nosotras.

3. “No temas, María” (Lc 1,30)

En medio de las turbaciones, el mensaje del Señor es inequívoco: “No temas”.

Sentir temor es humano. El temor es un sentimiento que puede paralizarnos y bloquear todos los recursos que el Señor nos ha concedido para llevar a cabo la tarea encomendada. María superó sus temores mediante la fe, mediante la confianza, mediante el abandono en Dios, pues sólo la fe nos permite descubrir que no hay realidad, por oscura que parezca, que no pueda ser traspasada por la luz de Dios. ‘Nada es imposible para Dios’.

El temor se supera cuando se va madurando la esperanza con el contacto cotidiano con la Palabra de Dios. A lo largo de la Biblia encontramos 365 veces la expresión: no temas, una para cada día del año.

4. “¿Cómo será esto?” (Lc 1,34)

A María la solemos presentar como la “mujer del sí”, la mujer de la respuesta, pero Ella es también *la mujer de las preguntas*. La mujer que responde después de preguntar, reflexionar, discernir, orar.

También nosotras debemos preguntar, preguntarnos, cuestionarnos, para poder responder con lucidez, con claridad, después de discernir y orar.

¿Cuáles son nuestras preguntas? ¿Qué expresamos con ellas: nuestros temores, nuestras inquietudes, nuestras búsquedas...? Las preguntas, bien formuladas, muchas veces forman parte ya de la respuesta; pues nos dan lucidez, al interpelarnos, y nos hacen salir de nuestra rutina.

5. “El Espíritu Santo descenderá sobre ti” (Lc 1,35)

¿Qué significa que el Espíritu Santo descenderá sobre nosotras? Podríamos decir que nos dará sus dones y frutos para poder llevar a cabo nuestra misión.

Si reflexionamos sobre los dones del Espíritu: sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios, podemos observar que parece que hayan sido pensados para quienes tienen la misión de animar y guiar a un grupo.

Si realizamos nuestro servicio poniendo en práctica los dones del Espíritu, éstos harán brotar sus frutos en nosotras y en las personas con quienes compartimos nuestro día a día: caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, humildad...

6. “He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38)

Muchas veces cuando alguien dice “sí” a una elección o una llamada, en nuestro contexto de vida consagrada, no sabe exactamente a qué se compromete. No decimos ‘sí’ a un trabajo o una tarea concreta, decimos “sí” a Dios y a su Palabra.

Nuestra respuesta es un ejercicio de confianza absoluta en Dios que es quien irá realizando su obra a través de nosotras si nos abandonamos a El.

¿Somos conscientes de que el “sí” que hemos dado a esta llamada es una expresión de nuestro voto de obediencia?

Nuestra respuesta afirmativa a la llamada implica vivir nuestra espiritualidad aceptando y amando las consecuencias de la misma, con naturalidad y sencillez. La cuestión fundamental para responder es descubrir que es lo que quiere Dios de mí en este momento de mi historia.

7. “María se puso en camino con presteza” (Lc 1,39)

María se puso en camino hacia la casa de Isabel; María fue en busca de alguien que la necesitaba. A nosotras este “ponernos en camino” nos empuja hacia el lugar del otro, de la otra, al igual que hizo María. Un lugar que no tanto será un lugar físico diferente del nuestro como un lugar psicológico, espiritual, cultural...

Para nosotras ponernos en camino supone una apertura a las otras hermanas que forman parte de nuestra comunidad, a veces provenientes de otro país y otra cultura, otras con una formación muy distinta, o con una personalidad opuesta a la nuestra...

Esta apertura nos pide ejercitar unas virtudes que son propias del itinerante: *paciencia* para respetar los ritmos de cada una, *humildad* para valorar lo que no te atrae y aceptar lo que te ofrecen, *capacidad de sorpresa* para apreciar lo bueno y bello de nuestras hermanas que no siempre coincide con lo que a nosotras nos gusta, *capacidad de escucha*, tratando de superar prejuicios y evitar imponer nuestros criterios, *sensibilidad especial* hacia las que se sienten relegadas, *acogida* incondicional a todas...

Cuando María se pone en camino lo hace “con presteza”, sin dilaciones, llevando a Dios con ella. María es *teófora*, portadora de Dios. ¿Llevamos a Dios cuando nos acercamos a nuestras hermanas?

8. “Bienaventurada tú que has creído” (Lc 1,45)

Tal vez lo más profundo que experimentamos en este servicio es la experiencia de la fe en Dios; la experiencia de que El ha llegado antes que nosotras y actúa en las personas, la experiencia de que sostiene la vida, e impulsa, a través de su Espíritu, el camino de nuestras hermanas.

Al concluir nuestro periodo de servicio, ¡ojalá pudiera decirse de nosotras lo que Isabel le dice a María: “*Bienaventurada tú que has creído porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá*”.

En el marco del Año de la Fe nos podemos preguntar hoy: ¿en qué medida nos está ayudando nuestra misión, el servicio encomendado, a creer con más hondura y entrega?

9. “Mi alma glorifica al Señor” (Lc 1,46)

La respuesta de María a Isabel es un canto de alabanza a Dios. El *Magnificat* de María revela su manera de vivir la fe en Dios: la experiencia de Dios como fuente de alegría y plenitud, la experiencia de Dios como manantial de salvación, la experiencia de vivir centrada en Dios y en los demás. Nos revela también su imagen de Dios: un Dios que invierte los papeles privilegiando a los más pequeños, un Dios que revela su fidelidad a lo largo de la historia y nos da una confianza absoluta en su amor.

Cuando examinamos nuestra vivencia espiritual de esta etapa, ¿qué rasgos de Dios hemos experimentado? Podríamos escribir cada una nuestro propio *Magnificat* para caer en la cuenta de las obras que Dios va haciendo en nosotras.

10. “Volvió a su casa” (Lc 1,56)

Saber volver a casa es importante. Esto implica reencontrarnos con nosotras mismas, darnos un espacio, un tiempo, para la oración, la reflexión, la contemplación.

Volver a casa implica abrirnos a la acción de Dios en nosotras, dejarnos encontrar por El en lo íntimo de nuestro corazón; implica agradecer su acción a través nuestro, pararnos a descubrir cómo va actuando en nuestra vida.

Implica tener la mesa preparada para invitarle a pasar cuando llame a nuestra puerta...